



HE comprobado que a los cazadores le gusta más el sol que la sombra, y que a veces demuestran cierto instinto innato que los hace alejarse del peligro. Sin embargo, cuando están en celo, los cazadores, sobre todo los de la sub especie europeanis, pierden toda noción de la realidad llegando incluso a malograrse su desarrolladísimo olfato.

A los cazadores hay que matarlos cuando asoman el testuz entre la espesura, ni antes ni después. Es conveniente apuntar a la tercera vértebra cervical y disparar dos veces. La segunda por si las moscas. Ya se sabe que un cazador malherido y desagrándose es un bicho harto peligroso y difícil de lidiar. No es como los toros que torea el Viti.

A propósito del Viti, convendría aclara-



CAZA MAYOR: EL CAZADOR

rar que a los toreros también se los caza, aunque actualmente se les considera piezas menores, para flechas incendiarias o para cerbatana.

En mi choza de Kenya yo tengo una magnífica colección de cabezas de cazadores en la que destacan dos magníficos ejemplares de la sub sub especie hispáni-

ca, ambos provistos de magníficos artificios frontales y de abundosos bisofés plateados. Estas dos cabezas desmienten rotundamente el hondo menosprecio en que se tiene al macho ibéricus, animal que, según algunos erróneos especialistas, es flojo de entrepierna y sumamente apegado al mirto, al incienso y al seiscientos.

Los cazadores, además de ser una presa muy ambicionada por todos los connoisseurs, son un plato delicioso. Sobre todo cuando son preparados en escabeche o al ajillo. Eso sí, bien picados y condimentados. Una advertencia final. Cuando un cazador lleve corbata, absténgase de matarlo. Puede tratarse de un funcionario, de un ejecutivo o de un chimpancé elegante.

EL RIZOS